

había escrito más adecuadamente de un goce á hurtadillas entre aquélla y el dios Marte :

Belli fera monera Mavors  
Armipotens regit, in gremium qui sæpe tuum se  
Rejicit, aeterno devictus vulnere amoris;

Pascit amore avidos inhians in te, dea, visus,  
Eque tuo pendet resupini spiritus ore :  
Hunc tu, diva, tuo recubantem corpore sancto  
Circumfusa super, suaveis ex ore loquelas  
Funde <sup>1</sup>.

Cuando yo rumio estos vocablos : *rejicit, pascit, inhians, molli, fovet, medullas, labefacta, pendet, percurrit* <sup>2</sup>, y esta noble *circumfusa*, madre del gallardo *infusus*, menosprecio los menudos picotazos y alusiones verbales que nacieron luego. Aquellas buenas gentes no habían menester de *quid pro quos* agudos y sutiles : su lenguaje es todo lleno y robusto, de un vigor natural y constante : todos enteros son epigrama : no la cola solamente, sino la cabeza, el pecho y los pies. Nada hay en ellos de forzado, nada de lánguido ; todo camina con tenor homogéneo : *contextus virilis est ; non sunt circa flosculos occupati* <sup>3</sup>. No es la suya una elocuencia blanda, solamente dulce y afuente, sino nerviosa y sólida. No place tanto como llena y arrebatada más los espíritus más fuertes. Cuando yo veo esas valientes formas de explicarse tan vivas y profundas no digo que eso sea bien decir, digo que es bien pensar. Es la gallardía de imaginación la que eleva y abulta las palabras : *pectos est, quod disertum facit* <sup>4</sup> : nuestras gentes llaman juicio al lenguaje y expresiones hermosas á las concepciones plenas. Esa pintura es querida no tanto por la destreza de la mano, como por estar el objeto más vivamente grabado en el alma. Galo habla sencillamente porque concibe sencillamente ; Horacio no se contenta con una expresión superficial, que le traicionaria : ve con claridad mayor y se interna más en las cosas ; su espíritu abre y huronea todo el almacén de palabras y de figuras para representarse, y le precisan diferentes de lo ordinario, de la propia suerte que su concepción es distinta de lo ordinario. Plutarco dice que vió la lengua latina por las cosas : aquí acontece lo mismo : el sentido aclara y produce las palabras, no ahue-

1. Muchas veces el Dios de los combates, el temible Marte, enajenado con tu amor languidece entre tus brazos. Inclinado ávidamente sobre tu seno, su aliento suspendido de tus labios, no puede hartarse de regalar sus ojos con tus encantos. Propicio instante, ¡ oh diosa ! teniéndole así enlazado con tu hermoso cuerpo para hablarle en pro de tus favorecidos. LUCRECIO, I, 33.

2. Todas estas palabras, tan naturales y expresivas, se encuentran unas en el pasaje de Virgilio, citado anteriormente (*Eneida*, VIII, 387), y otras en el último de Lucrecio. C.

3. Su discurso es de una contextura viril ; no les pasa por las mientes adornarlo con oropeles. SENECA, *Epíst.*, 33.

4. El corazón engendra la elocuencia. QUINTILIANO, X, 7.

cadadas por el viento, sino formadas de carne y hueso, de manera que significan más de lo que dicen. Hasta los flacos de espíritu reconocen algún asomo de lo que digo, pues en Italia acertaba yo á expresar lo que me venia en ganas en términos comunes, mas en las conversaciones tendidas no hubiera osado fiarme en un idioma que yo era incapaz de plegar y perfilar de manera distinta á la ordinaria : quiero que en mis palabras haya algo que me pertenezca.

El manejo y el empleo de los buenos escritores avalora la lengua, no tanto innovándola como proveyéndola de más vigorosos y varios servicios, estirándola y plegándola. Si bien no traen palabras nuevas, enriquecen las propias, macizándolo y ahondando su significación y uso, enseñándole giros desacostumbrados, mas siempre de manera prudente é ingeniosa. Y cuán poco este ejercicio sea dado á todos, vease considerando tantos y tantos escritores franceses del siglo en que vivimos, los cuales son suficientemente arrojados y desdefiosos para apartarse del camino hollado, pero la falta de invención y de discreción los pierde, y no vemos sino una miserable afectación de singularidad, disfraces fríos y absurdos que en lugar de elevar echan por tierra el asunto : siempre y cuando que acierten á poner el pie en la novedad, poco les importa lo que con ella van ganando ; por agarrar una palabra nueva, sueltan la ordinaria, más fuerte y más nerviosa.

En nuestra habla francesa encuentro material bastante, pero una poca escasez de giros, pues nada hay que no pudiera hacerse con la jerga de nuestras cazas y de nuestra guerra, fértil terreno y generoso del cual podrian obtenerse cosechas excelentes. Las maneras de hablar, como las plantas, se enmiendan y fortifican mudándolas de lugar. Yo tengo nuestro idioma por suficientemente abundante, no por suficientemente vigoroso y manejable. Ordinariamente sucumbe ante una concepción poderosa : si camináis en una disposición tendida, sentís siempre que languidece bajo vosotros y se doblega. En su defecto, el latin se presenta á vuestro socorro, el griego á otros. De algunas de las palabras que acabo de escoger, advertimos más difícilmente la energía porque el uso y la frecuencia de las mismas las envilecieron en algún modo y trocaron en vulgar su gracia ; de la propia suerte que en nuestro uso común tropezamos con frases y metáforas excelentes, cuya belleza se empaña y envejece y cuyo color se deslustra por el demasiado ordinario manejo. Pero esta circunstancia no hace que su exquisitez se pierda para los que tienen buen olfato, ni tampoco quita nada á la gloria de los antiguos autores que, como es verosímil, acreditaron los primeros esas frases.

Las ciencias tratan de las cosas con fineza demasiada, por modo artificial y diferente al común y natural. Mi paje

se siente enamorado y se da cuenta de su pasión. Leedle á León Hebreo y á Ficin; de él se habla en esos libros, de sus pensamientos y acciones y, sin embargo, no entiende jota. Yo no encuentro en Aristóteles la mayor parte de mis animicos movimientos ordinarios; allí se los cubrió y revistió con otro traje para el uso de la escuela: ¡quiera Dios que así hayan obrado cuerdate los filósofos! Si yo perteneciera al oficio, naturalizaría el arte tanto como ellos artificializaron la naturaleza. Dejemos en calma á Bembo y Equicola.

Cuando yo escribo deo á un lado la compañía y el recuerdo de los libros, temiendo que interrumpán mis ideas, pues me acontece que los buenos autores abaten demasiado mis fuerzas, quebrantando el vigor de que dispongo: imito gustoso el proceder de aquel pintor que, habiendo miserablemente representado unos gallos, prohibía á sus muchachos que dejaran acercarse á su taller ningún gallo natural. Mas bien habría yo menester, para entonarme un poco, echar mano de la invención del músico Antígénides, el cual, cuando ejecutaba, daba orden para que ante él ó á sus espaldas, el auditorio fuera abrevado con la faena de cantores detestables. Mas de Plutarco me deshago difícilmente: es tan universal, tan cabal y tan cumplido. que en cualquiera ocasión, sea cual fuere el asunto extravagante que traigáis entre las manos, se ingiere en vuestra labor tendiéndoo una liberal é inagotable de riquezas y embellecimientos. Me contraría el que se vea tan expuesto al saqueo de los que le frecuentan, y, por poco que yo me acerque, no le deo sin arrancarle muslo ó ala.

Para realizar el cumplimiento de mi designio escribo en mi casa, en país salvaje, donde nadie me ayuda ni enmienda mis yerros, donde comunmente no frecuento ningún hombre que entienda el latín de su *paternoster* y del francés algo menos. Mejor lo habría hecho en otra parte, pero entonces la labor hubiera sido menos mía, y el fin de ésta y su perfección principal consisten en que puntualmente me pertenezca. Corregiría, sí, un error accidental, de los cuales estoy lleno, como quien escribe corriendo é inadvertidamente; mas las imperfecciones que son en mi ordinarias y constantes, sería traición el extirparlas. Cuando se me dice, ó cuando yo mismo me digo: «Eres sobrado espeso en figuras; he aquí una palabra del terruño gascón; he aquí otra arriesgada (yo no huyo ninguna de las que se emplean en medio de las calles francesas; los que con las armas de la gramática quieren combatir su uso, se equivocan); he aquí un ignorante razonamiento, ú otro paradójal, ú otro sin pies ni cabeza; tú te burlas con frecuencia demasiada: se creerá que dices á derechas lo que simuladamente expresas.» En efecto, repongo, pero yo corrijo los defectos de inadvertencia, no los que me son ha-

bituales. ¿No es así como hablo generalmente? ¿Acuerdo de este modo á representarme con viveza? Esto me basta. Hice lo que me propuse: todo el mundo me reconoce en mi libro y á mi libro en mí.

Ahora bien; mi condición nativa es remedadora é imitatrix. Cuando yo me empleaba en componer versos (siempre los hice latinos), acusaban evidentemente el poeta á quien acababa últimamente de leer, y entre mis primeros Ensayos, algunos apestan un poco á lo extraño: en París hablo un lenguaje en algún modo distinto del que en Montaigne me sirvo. Quienquiera, á quien con atención considerare, me imprime fácilmente algo suyo; aquello sobre lo que reflexiono lo usurpo: un continente torpe, un gesto desagradable, una manera de hablar inoportuna y ridícula. Los vicios más me trastornan; cuanto más me circundan, más se cuelgan en mí y no se alejan sin sacudida. Con mayor frecuencia se me ha visto jurar por similitud que por complexión: imitación mortal comparable á la de los horribles monazos, en grandeza y en fuerzas, que el rey Alejandro encontró en cierta región de las Indias, con los cuales hubiera sido difícil de otro modo acabar: mas ellos mismos procuraron el medio merced á esta inclinación de remedar cuanto veían hacer, por donde los cazadores determinaron calzarse con zapatos á su vista, con muchos nudos que los sujetaban, y cubrirse de pies á cabeza con lazos corredizos y hacer como que untaban sus ojos con liga. Así perdió imprudentemente á estos pobres animales su condición remedadora, y todos fueron enyescándose, enredándose y agarrotándose. Esa otra facultad de representar ingeniosamente los ajenos gestos y palabras, por propio designio, que á las veces procura placer y admiración, no reside en mí, que en esta habilidad soy comparable á un cepo. Cuando yo juro de mí, digo solamente ¡por Dios! que es el más derecho de todos los juramentos. Cuentan que Sócrates juraba por el perro; Zenón, con la interjección misma que emplean ahora los italianos que es *cáppari*; Pitágoras, por el agua y el aire. Yo soy tan propenso á recibir sin pensarlo aquellas impresiones superficiales, que cuando tres días seguidos tengo en los labios la palabra Sire ó Alteza, ocho días después se me escapan por las de Excelencia ó Señoría; y lo que el día anterior dije por broma ó divertimento, lo repetiré al día siguiente con toda la seriedad posible. Por lo cual al escribir acojo de peor gana los argumentos trillados, temiendo tratarlos á expensa ajena. Toda razón es para mí igualmente fecunda: á acogerlas me impulsa el vuelo de una mosca, ¡y quiera Dios que ésta que aquí traigo entre manos no haya sido por mí adoptada por el ordenamiento de una voluntad tan inconsistente y volandera! Que yo comience por lo que me plazca, pues las materias se sostienen todas encadenadas las unas á las otras.

Pero mi alma me contraría porque ordinariamente engendra sus ensueños más profundos, más locos y que son más de mi agrado de una manera imprevista y cuando yo menos los busco; luego se desvanecen de repente, como no tengo donde sujetarlos. Asáltanme á caballo, en la mesa, en el lecho, pero con mayor frecuencia á caballo, pues en esta postura son más dilatados mis soliloquios. Mi hablar es un tanto delicadamente celoso de atención y de silencio cuando tengo necesidad de decir algo; quien me interrumpe me detiene. Cuando viajo, la necesidad misma de los caminos interrumpe la conversación; aparte de que en mis expediciones casi nunca voy con compañía adecuada á un hablar continuado, por donde me queda el vagar necesario para conversar conmigo mismo. Con estos soliloquios me sucede lo que con los sueños: soñando los encomiendo á mi memoria (pues frecuentemente sueño que estoy soñando), mas al día siguiente, si bien me represento el color que mostraban como realmente era, alegre, triste ó singular, no acierto á recordar cómo eran en lo demás, y cuanto más ahondo para descubrirlo, más lo incrusto en el olvido. Lo propio me ocurre con las ideas fortuitas que me vienen á las mientes; de ellas no me queda en la memoria sino una vaporosa imagen: lo indispensablemente necesario para roerme y despecharme inútilmente en su perseguimiento.

Así, pues, dejando los libros á un lado, y hablando material y sencillamente, reconozco, después de todo, que el amor no es otra cosa sino la sed de ese goce en un objeto deseado; ni Venus cosa distinta que el placer de descargar los propios vasos, como el placer que la naturaleza nos procura en el desalojar los otros conductos, que se trueca en vicioso por inmoderación é indiscreción. Para Sócrates el amor es el apetito de generación por el intermedio de la belleza. Y muchas veces considerando la ridícula titilación de este placer; los absurdos movimientos locos y aturridos con que agita á Zenón y á Cratipo; la rabia sin medida, el rostro inflamado de furor y crueldad ante el más dulce efecto del amor, y luego la tiesura grave, severa y estática en una acción tan loca; el que se hayan en el mismo lugar colocado confundidas nuestras delicias y nuestras basuras, y el que la voluptuosidad suprema tenga, como el dolor, algo de transido y quejumbroso; al reflexionar sobre todo esto, creo que es verdad lo que Platón dice, ó sea que el hombre por los dioses creado para servirles de juguete,

Quenam ista jocandi  
Sevitia<sup>1</sup>!

y que para mofarse de nosotros naturaleza nos ha deja-

1. ¡ Cruel manera de burlarse! CLAUDIANO, in *Eutrop.*, 1, 21.

do la más alborotada de nuestras acciones, la más común, para igualarnos á las bestias y aparejarnos locos y cuerdos, hombres y animales. El más contemplativo y prudente de los hombres, cuando lo imagino en esta postura, considero como un farsante al alardear de prudente y contemplativo: las patas del pavo real son las que abaten su orgullo.

Identem dicere verum,  
Quid velat<sup>1</sup>?

Los que en medio de los juegos rechazan las opiniones serias, hacen, al decir de alguien, como quien teme adorar la imagen desnuda de un santo. Nosotros comemos y bebemos como los animales, pero esas no son acciones que imposibilitan los oficios de nuestra alma; en ellas guardamos nuestra supremacía sobre los demás seres. Aquella coloca todo otro pensamiento bajo el yugo; embrutece y bestializa por su autoridad imperiosa toda la teología y la filosofía que residen en Platón, y sin embargo éste no se queja por ello. En todo lo demás posible es guardar algún decoro; todas las otras operaciones capaces son de someterse á los preceptos de honestidad; ésta no se puede ni siquiera imaginar sino envuelta en el vicio ó en la ridiculez: buscad para verlo un proceder discreto y prudente. Alejandro decía reconocerse, principalmente como mortal, por la necesidad de este acto y por el de dormir. El sueño sofoca y suprime las facultades de nuestra alma: la tarea las absorbe y disipa del propio modo. En verdad que la de que hablo es una marca no sólo de nuestra corrupción original, sino también de nuestra vanidad y disconformidad.

Por una parte naturaleza á ella nos empuja, habiendo juntado con este deseo la más noble, útil y grata de todas sus funciones, mientras nos consiente, por otra parte, acusarla y huirla como insolente y deshonesto, avergonzarnos de ella y recomendar el abstenernos. ¿No somos brutos en grado superlativo al llamar brutal á la operación que nos engendra? Los diversos pueblos, en lo tocante á religiones, coincidieron en diferentes prácticas como sacrificios, iluminaciones, incensamientos, ayunos, ofrendas y, entre otras ideas, en la condenación del acto amoroso: todas las opiniones coinciden en este particular, sin contar con el extendido uso de las circuncisiones, que es su castigo. Acaso seamos razonables al acusarnos de engendrar una cosa tan torpe como el hombre, al llamar acción vergonzosa y vergonzosas á las partes que á ello sirven (y en verdad que las mías son ahora vergonzosas y penosas). Los esenios (de los cuales habla Plinio) se mantuvieron sin no driza ni mantillas durante algunos siglos, gracias á los extranjeros, quienes, admirando su felicidad, acudían conti-

1. Nada se opone á decir riendo las verdades. HORACIO, *Sat.*, 1, 1, 24

nuamente junto á ellos: todo un pueblo se expuso así á desaparecer mejor que frecuentar á las mujeres, y á perder la semilla humana antes que forjar un solo hombre.

Cuentan que Zenón no tuvo tratos con mujeres más que una sola vez en su vida y que fué sólo por pura cortesía, á fin de no dar á entender que menospreciaba el sexo con obstinación empeñada. Todos huyen la vista del nacimiento del hombre; todos corren para verle morir; para destruirle se busca un campo espacioso, en plena luz; para construirle se busca un hueco tenebroso, lo más recogido que es dable hallarlo: es un deber ocultarse y avergonzarse para procrearle; es una gloria, y de ella emanan virtudes varias, exterminarle; lo uno es injuria, favor lo otro. Aristóteles afirma que bonificar á alguno vale tanto como matarle en cierto hablar de su país. Los atenienses, para colocar á igual nivel la desventaja de esas dos naciones, teniendo que purificar la isla de Delos y á la vez justificarse con Apolo, prohibieron que en el recinto de ella juntamente se enterrara y procreara. *Nostri nosmet penitet*<sup>1</sup>.

Hay naciones que se tapan al comer. Yo sé de una dama, y de las de condición más relevante, también de esta manera de ser: opina que el mascar muestra un aspecto ingrato que rebaja mucho la gracia y belleza femeninas, y de buen grado no se presenta en público con ganas de comer. Sé de un hombre que no puede soportar el ver comer ni el que le vean, y que huye de mejor gana toda compañía cuando se llena que cuando se vacía. En el imperio del turco se ven muchas gentes que para sobresalir sobre los demás no se dejan ver nunca en sus comidas. Los hay que no hacen más que una á la semana: que se rajan y cortan la faz y los miembros; que no hablan jamás á nadie; gentes fanáticas que creen rendir culto á su propia naturaleza desnaturalizándose, que se enamoran de su menosprecio y se emiendan empeorando. ¡Monstruoso animal el que de sí mismo se horroriza, para quien sus placeres son dura carga! Hay quien oculta su vida,

*Exsilioque domos et dulcia limina mutant*<sup>2</sup>,

apartándola de la vista de los demás hombres; quien evita el contento y la salud, como cosas perjudiciales y enemigas. No ya sólo muchas sectas, sino también muchos pueblos maldicen la hora de su nacimiento y bendicen la de su muerte: los hay que abominan la luz solar y adoran las tinieblas. No somos ingeniosos sino para maltratarnos. ¡Este es el verdadero fuerte de nuestro espíritu: instrumento útil para toda suerte de desórdenes y desarreglos!

1. Para nosotros mismos somos nuestra penitencia. TERENCIO, *Phormion*, acto I, esc. III, v., 20.

2. Van á vivir y á morir lejos del hogar paterno. VIRGILIO, *Georg.*, II, 514.

*O miseri! quorum gaudia crimen habent*<sup>1</sup>.

¡Ah, pobre hombre! ¿No te basta con las incomodidades necesarias sin aumentarlas con el auxilio de tu propia invención? ¿Tu condición no es de sobra miserable por sí misma sin aumentarla con el apoyo del arte? Tienes sobradas fealdades reales y esenciales sin necesidad de forjarlas imaginarias. ¿Acaso te encuentras demasiado á gusto, puesto que la mitad de tu bienestar te incomoda? ¿Acaso consideras cumplidos todos los oficios necesarios á que naturaleza te obliga, reconociendo que ésta permanece en ti falta y ociosa si no te lanzas á compromisos nuevos? Nada temes ofender sus leyes, universales é indudables, amarrándote á las tuyas, estrambóticas y falsas. Y cuanto éstas son inciertas y particulares y más contradichas, tú mantienes para con ellas tu esfuerzo. Las ordenanzas positivas de tu parroquia te ocupan y sujetan; la de Dios y la del mundo no te importan nada. Medita un poco sobre los ejemplos de esta consideración; tu vida está dentro de ellos comprendida.

Los versos de esos dos poetas<sup>2</sup> tratan así, reservada y discretamente, de la lascivia, y tal como la tratan me parece que la descubren y aclaran más de cerca. Las damas cubren sus senos con una redecilla, los sacerdotes muchas cosas sagradas, los pintores sombrean su obra para comunicarla más lustre. Y dicese que el rayo de sol y la ráfaga de viento son de mayor efecto por reflexión que cuando sobre los objetos obran en derechura. El egipcio respondió prudentemente á quien le preguntaba: «¿Qué llevas ahí oculto bajo tu túnica?» «Lo llevo así á fin de que no sepas lo que es.» Pero hay ciertas cosas que se guardan para mejor mostrarlas. Oid á éste, que es más abierto,

*Et nudam pressi corpus ad usque meum*<sup>3</sup>:

parecíame que me castra. Que Marcial realce á Venus cuanto guste, y no alcanzará á mostrarla tan cabal: quien todo lo dice nos sacia y nos asquea. Quien se expresa con cautela nos encamina á pensar en más de lo que dice; hay traición en esta especie de modestia, principalmente cuando, como éstos hacen, entreabren á la imaginación una hermosa senda. La acción y la pintura deben denunciar el resto.

El amor de los españoles y el de los italianos, más respetuoso y temeroso, más mirado y encubierto, es de mi gusto. Yo no sé quién, en lo antiguo, deseaba la garganta alargada como el cuello de las grullas, para saborear lo que

1. ¡Desdichados de vosotros, que consideráis como crímenes vuestros placeres! PSEUDO-GALLUS, I, 180.

2. Virgilio y Lucrecio.

3. Completamente desnuda, la estreché contra mi cuerpo. OVIDIO, *Amor*, 5, 24.

tragaba más dilatadamente. Este deseo está más en su lugar en esta voluptuosidad apresurada y precipitada, hasta para las naturalezas como la mía, que no se distinguen por la prontitud. Para detener su huida y extenderla en preambulos entre ellos, todo sirve de favor y recompensa: una ojeada, una inclinación, una sílaba, un signo. Quien pudiera cenar con el humo del asado, ¿no haría una preciosa economía? Es ésta una pasión que mezcla á bien poca cosa de esencia sólida una cantidad mucho mayor de vanidad y ensueño febriles: preciso es servirla y pagarla en la misma moneda. Enseñemos á las damas á hacerse valer, á estimarse, á que nos entretengan y á que nos engañen. Echamos el resto á las primeras de cambio, y en ello siempre va envuelta la franca impetuosidad. Haciendo hilas por lo menudo sus favores y esparciéndolos en detalle, cada cual, hasta la vejez más enteca, puede encontrar algo positivo conforme á su valor y á sus méritos. A quien no experimenta goce sino en el goce mismo, quien no gana sino con el fin, quien sólo gusta de la caza cuando algo apresa, en nada le incumbe internarse en nuestra escuela: cuantas más gradas hay y más escalones, mayor alteza y honor mayor se encuentran al llegar al último peldaño. Deberíamos complacernos en ser conducidos como en los palacios magníficos se acostumbra, por diversos pórticos y pasajes, gratos y prolongados, por galerías y recodos. Esta economía en nuestros placeres trocaríase en ventaja propia; así nos detendríamos y nos amaríamos durante más largo tiempo: sin esperanza ni deseo caminamos y presto tocamos con la indiferencia. Nuestro señorío y posesión cabal las es temible á más no poder; en cuanto por completo se rinden á merced de nuestra fe y constancia, vienen á dar en una situación peligrosa. Son estas virtudes raras y difíciles: desde el instante en que nos pertenecen, nosotros ya no las pertenecemos;

Postquam cupidæ mentis satiata libido est,  
Verba nihil metuere, nihil perjuriam curant<sup>1</sup>;

y Trasónidas, joven griego, se mostró tan enamorado de su amor, que rechazó, habiendo ganado el corazón de una amiga, el gozar de sus favores para no amortiguar, saciar ni languidecer con el ejercicio del placer, el ardor inquieto con que se glorificaba y complacia. La carestía procura gusto á la carne: ved cuánto la usanza de las salutations, particular en nuestro país, bastardea por su facilidad la gracia de los besos, que Sócrates consideraba tan poderosa y peligrosa para robar nuestros corazones. Es una costumbre ingrata, é injuriosa además para las damas, la de tener que verse obligadas á prestar sus labios á quienquiera que

1. Tan luego como satisfacimos el capricho de nuestra pasión, olvidamos todas nuestras promesas y juramentos. CATULO, *Carm.*, LXIV, 147.

lleve tres criados en su séquito, por desagradable que sea,

Cujus livida naribus caninis  
Dependet glaces, rigetque barba...  
Centum occurrere malo cullingis<sup>2</sup>;

y con ello nosotros mismos nada ganamos, pues conforme el mundo se ve repartido, por cada tres hermosas nos precisa besar cincuenta feas, y para un estómago delicado, como los de mi edad suelen serlo, cada mal beso paga con usuras uno bueno.

Los italianos offician de perseguidores y se muestran transidos hasta con aquellas mismas que se encuentran en venta, y defienden su manera de obrar diciendo: « Que hay grados en el placer, y que á cambio de servicios quieren para ellos alcanzar el más entero: ellas no venden sino el cuerpo; la voluntad no puede ser á subasta tasada, por ser demasiado libre al par que demasiado suya. » Así éstos dicen ser la voluntad lo que sitian, y tienen razón: la voluntad es lo que precisa servir y ganar mediante prácticas hábiles. Me horroriza el considerar como mío un cuerpo privado de ateción, y me represento este furor avecinando al de aquel mozo que asaltó por amor la hermosa imagen de Venus que Praxiteles hizo; ó bien al de aquel furioso egipcio, ardoroso de los restos de una muerta que embalsamaba y cubría con el sudario, el cual dió ocasión á la ley, que luego estuvo en vigor en Egipto, que ordenaba que los cuerpos de las mujeres hermosas y jóvenes, así como las de buena casa, serian guardados tres dias, antes de ponerlos en manos de los que tenían á su cargo enterrarlos. Periandro fué más allá todavía, llevando la afección conyugal (más ordenada y legítima) á disfrutar de Melisa, su esposa, hallándose muerta. ¿No semeja un amor lunático el de la luna, que no pudiendo gozar de Endimión, su mimado, le adormeció por espacio de algunos meses y se satisfizo disfrutando á un mozo que sólo en sueños se agitaba? Yo digo semejantemente, que se ama un cuerpo sin alma ó sin sentimiento, cuando se ama un cuerpo y el consentimiento y el deseo están lejanos. No todos los goces son unos; los hay éticos y languidecedores: mil otras causas diferentes de la benevolencia pueden hacernos conquistar este beneficio de las damas; aquella no es testimonio suficiente de afección, y puede, como en otras, con ella ir la traición envuelta. A las veces no coadyuvan más que con una sola asentadera:

Tanquam thura merumque parent...  
Absentem, marmoreamve putés<sup>2</sup>.

1. A quien tiene una nariz perruna, de la cual penden calamocos lívidos, y cuya barba es viscosa. Preferiría mejor besarle cien veces el trasero. MARCIAL, VII, 94.

2. Tan graves cual si á los dioses ofrecieran vino é incienso... Diríase que están ausentes ó en mármorea elgie. MARCIAL, XI 103, 12, y 39, 8.

Sé de algunas que prefieren mejor prestarse que prestar su coche, y que sólo por ahí se comunican. Es preciso considerar si vuestra compañía las es grata por algún otro fin ajeno, ó exclusivamente por el del acto, como las placeria igualmente la de un robusto mozo de cuadra; en qué rango y á qué precio estáis acomodados.

Tibi si datur uni;  
Quo lapide illa diem candidiore notet <sup>1</sup>.

¿Y qué decir si la dama come vuestro pan aliñado con la salsa de una más agradable fantasía?

Te tenet, absentes alios suspirat amores <sup>2</sup>.

¡Pues qué! ¿acaso no hemos visto en nuestros días alguien que se sirvió de esta acción para alcanzar una horrible venganza, para envenenar y matar, como lo hizo, á una mujer honrada?

Los que conocen Italia no se sorprenderán si hablando de este asunto no busco ejemplos en otra parte, pues esta nación puede nombrarse regente del mundo en la materia. Se cuentan allí más comunmente las mujeres hermosas que las feas, mejor que entre nosotros; pero en lo tocante á bellezas raras y excelentes, considero que vamos á la par. Otro tanto juzgo de los espíritus: de los ordinarios tienen muchos más, evidentemente; la brutalidad es, sin comparación, más rara: en almas singulares, del rango más preeminente, nada tenemos que envidiarles. Si tuviera que amplificar este símil pareceríame poder decir del valor lo contrario, esto es, que comparado con el de ellos, es entre nosotros cualidad popular y natural. Mas á las veces vese en sus manos tan pleno y tan vigoroso, que sobrepuja los más rígidos ejemplos que conozcamos. Los matrimonios de aquel país cojean en este punto: las costumbres hacen comunmente la ley tan dura para las mujeres y tan sierva, que el más remoto arrimo con extraño las es tan capital como el más vecino. Esta ley hace que todos los contactos se truequen necesariamente en substanciales; y puesto que todo las trae la misma cuenta, la elección es facilísima: en cuanto rompen los cerrojos, hacen fuego inmediatamente. *Luxuria ipsis vinculis, sicut fera bestia, irritata, deinde emissa* <sup>3</sup>. Precisa soltarlas un poco las riendas:

Vidi ego nuper equum, contra sua frena tenacem,  
Ore reluctanti fulminis ire modo <sup>4</sup>:

1. Si á ti solo se entrega, si considera ese día como fausto. CATULO, LXVIII, 147.

2. Os estrecha entre sus brazos y suspira por un amante ausente. TIBULO, I, 6, 35.

3. La lujuria es como una bestia feroz á quien irritan sus cadenas y que es capa con furor redoblado. TIRO LIVIO, XXXIV, 4.

4. Antaño ví un corcel que luchaba contra las riendas, rebelde al freno, y que se disparaba como el rayo. OVIDIO, *Amor.*, III, 4, 13.

languidécese el deseo de la compañía procurándole alguna libertad. Nosotros corremos, sobre poco más ó menos, igual fortuna; ellos son extremados en la sujeción; nosotros en la licencia. Es una buena usanza de nuestra nación el que en las buenas casas nuestros hijos sean recibidos para ser en ellas educados y habituados como pajes en noble escuela; y es descortesía, dicen, é injuria, censurar por ello á un gentilhombre. He advertido (pues tantos hogares, otros tantos estilos y formas diversas) que las damas que pretendieron comunicar á las jóvenes de su séquito las reglas más austeras, no tuvieron mejor ventura. Precisa la moderación y dejar una buena parte de su conducta á su discreción exclusiva, pues, así como así, no hay disciplina que baste en todos los respetos á contenerlas. Y es muy cierto que á la que escapó de las procelosas ondas de un aprendizaje libre, acompaña más confianza en sí misma que á la que sale sana y salva de una escuela severa y esclava.

Nuestros padres enderezaban el continente de sus hijas hacia la vergüenza y el temor (y no por ello las damas tenían menos alientos ni deseos menores); nosotros á la seguridad las encaminamos, en lo cual nos equivocamos de medio á medio. Cuadra bien este proceder á las sármatas, quienes no pueden acostarse con varón sin que con sus propias manos hayan muerto á otro en la guerra. A mí, que no tengo más derecho que el que sus oídos quieran concederme, basta que me retengan por su consejo, según el privilegio de mi edad. Así, pues, yo las aconsejaria, y á nosotros también, la abstinencia; pero si este siglo es de ella enemigo, al menos la discreción y la modestia, pues como reza el cuento de Aristipo, hablando á unos jóvenes que se avergonzaban de verle entrar en la vivienda de una cortesana: «El vicio consiste en no salir de ella, y no en entrar»: quien no quiere libertar su conciencia que exente siquiera su nombre; si el fondo nada vale, que la apariencia se muestre buena.

Alabo la gradación y la dilatación en el dispensarnos sus favores. Platón muestra que en toda suerte de amor la facilidad y prontitud está prohibida á los mantenedores del mismo. Es éste un rasgo de glotonería que las damas deben encubrir con todo el arte de que sean capaces, el entregarse así de una manera temeraria, en gordo y tumultuariamente: conduciéndose en la dispensación de sus favores ordenada y mesuradamente, engañan mucho mejor nuestro deseo y ocultan el suyo. Huyan siempre ante nosotros, hasta aquellas mismas que han de dejarse atrapar, pues nos derrotan mejor huyendo, como los escitas. Y en verdad, conforme á la ley que naturaleza las otorga, no es propiamente á ellas á quienes incumbe querer y desear; su papel es sufrir, obedecer, consentir. Por lo cual aquella sabia maestra procurólas una capacidad perpetua; á nosotros nos

la concedió rara é incierta : ellas tienen siempre su hora propicia, á fin de encontrarse prestas cuando la nuestra llega, *pati natae*<sup>1</sup> : y donde quiso que nuestros apetitos ejercieran muestra y declaración prominentes, hizo que los suyos fuesen ocultos é intestinos proveyéndolas de piezas impropias á la ostentación ; simplemente las tienen para la defensiva. Menester es dejar á la licencia amazoniana los rasgos parecidos á éste : Pasando Alejandro por la Hircania, Talestris, reina de las amazonas, le salió al encuentro en compañía de trescientos soldados de su sexo, caballeros y bien armados, habiendo dejado el resto del numeroso ejército que la seguía del otro lado de las vecinas montañas, y le dirigió en alta voz y públicamente las siguientes palabras : « Que el estruendo de sus victorias y el de su valor la había llevado allí, para verle y ofrecerle sus propios medios y poderío para socorrer sus empresas ; y que encontrándole tan hermoso, joven y vigoroso, ella, que se reconocía perfecta en todas sus cualidades, le aconsejaba que se acostaran juntos á fin de que naciera de la más valiente mujer del mundo y del hombre más valeroso que en aquel tiempo vivía algo de grande y de raro para el porvenir. » Alejandro la dió gracias por lo primero, mas para dejar lugar al cumplimiento de su última petición, se detuvo trece días en aquel reino, los cuales festejó lo más alegremente que pudo en beneficio de una princesa tan animosa.

Nosotros somos, casi en todo, injustos jueces de sus acciones, como ellas lo son de las nuestras : yo confieso siempre la verdad, lo mismo cuando me perjudico, que cuando me sirve de provecho. Es un desorden censurable y feo lo que las empuja á cambiar con frecuencia tanta, impidiéndolas detener y afirmar su afeción en un hombre determinado, como se ve en aquella diosa en quien se suponen tantas variaciones y amigos. Mas hay que reconocer que va contra la naturaleza del amor el que no sea violento, y contra la naturaleza de la violencia si es constante. Los que de aquella enfermedad se pasman, se admiran, gritan y buscan las causas, considerándola como desnaturalizada é increíble, ¿ por qué no ven cuán frecuentemente la albergan y reciben en ellos sin espanto ni milagro ? Acaso fuera más extraño ver la afeción estancada ; no es una pasión simplemente corporal cuando no busca la necesidad de la ambición y la avaricia, y entonces tampoco hay deseos punzantes ; vive todavía después de la saciedad y no pueden prescribirsela ni satisfacción constante, ni fin : camina siempre más allá de su posesión. Y si la inconstancia las es acaso en cierto modo más perdonable que á nosotros, como nosotros pueden ellas alegar la inclinación, que nos es común, hacia la variedad y novedad, y en segundo lugar,

1. Nacida para sufrir. SENECA, *Epist.* 95.

pueden alegar sobre nosotros lo de comprar el gato en el saco. Juana, reina de Nápoles, hizo estrangular á Andreaso, su primer marido, en la reja de su ventana, con un lazo de oro y seda trenzado por su propia mano, porque en las faenas matrimoniales encontró que ni las partes ni los esfuerzos correspondían suficientemente á la esperanza que ella concibiera al ver la estatura, belleza, juventud y gallardía por donde se vió prendada y engañada ; pueden también las damas decir en su abono que la acción es más fuerte que la pasión ; y así por lo que á ellas toca, siempre están en disposición ópima, mientras que á nosotros pueden ocurrirnos accidentes de otra suerte. Por eso Platón establece en sus leyes prudentemente que antes de efectuarse el matrimonio, para decidir de su oportunidad, los jueces vean á los mozos que pretenden contraerlo completamente desnudos, y á las jóvenes descubiertas hasta la cintura solamente. Examinándonos así, pudiera suceder que acaso no nos encontraran dignos de elección :

Experta latus, madidoque simillima loro  
Inguina, nec lassá stare coacta manu,  
Deserit imbelles thalamos<sup>1</sup>.

No todo consiste en que la voluntad rueda á derechas ; la debilidad é incapacidad rompen legítimamente los lazos de un matrimonio,

Et querendum aliunde foret nervosius illud,  
Quod posset zonam solvere virgineam<sup>2</sup> :

¿ por qué no ? y con arreglo á su medida, una inteligencia amorosa, más licenciosa y más activa,

Si blando nequeat superesse labori<sup>3</sup>.

¿ Y no es imprudencia grande el llevar nuestras imperfecciones y debilidades al lugar que deseamos complacer y en él dejar buena estima y recomendación propia ? Por lo poco que en la hora actual me precisa,

Ad unum  
Mollis opus<sup>4</sup>,

no quisiera yo importunar á una persona á quien reverencie y tema :

Fuge suspicari,  
Cujus undenum trepidavit ætas  
Clandere lustrum<sup>5</sup>.

1. Después de haber intentado excitar el vigor de su esposo mediante vanos y constantes esfuerzos, abandona el impotente lecho. MARCIAL, VII, 58, 3.  
2. Y precisa buscar en otra parte un esposo capaz de desatar la virginal cintura. CATULO, *Carm.*, LXVII, 27.  
3. Si no puede llevar á cabo labor tan dulce. VIRGILIO, *Georg.*, III, 127.  
4. Una vez, y héteme ya al cabo de mis fuerzas. HORACIO, *Epod.*, XII, 45.  
5. Nada temáis del hombre que acaba de cumplir su octavo lustro. HORACIO, *Od.*, II, 4, 12.

Naturaleza debiera conformarse con haber trocado miserable esta edad sin convertirla al par en ridícula. Detesto el verlo, por una pulgada de vigor raquitico que le acalora tres veces á la semana, aprestarse y armarse con rudeza igual, cual si en el vientre albergara alguna jornada grande y legitima; verdadero fuego de estopa, cuyo aparato admiro tan vivo y tan bullicioso, y en un momento tan pesadamente congelado y extinto. Este apetito no debiera pertenecer sino á la flor de una juventud hermosa: confiad en él para ver; tratad de secundar ese ardor infatigable, pleno, constante y magnánimo que en vosotros reside, y en verdad que os dejará en hermoso camino. Enviado mejor, resueltamente, hacia una infancia tierna, admirada é ignorante, que todavía tiembla bajo la vara y enrojece;

Indum sanguineo veluti violaverit ostro  
Si quis ebur, vel mixta rubent ubi lilia multa  
Alba rosa <sup>1</sup>.

Quien puede esperar al día siguiente, sin morir de vergüenza, el menosprecio de unos hermosos ojos testigos de su cobardía é impertinencia,

Et taciti fecero tamen convicia vultus <sup>2</sup>,

no sintió jamás el contentamiento ni la altivez de haberlos vencido y empañado por el vigoroso ejercicio de una noche activa y oficiosa. Cuando vi á alguna hastiarse de mí no acusé al punto su ligereza, sino que puse en duda si la razón residía más bien en mi naturaleza: y en verdad que ésta me trató ilegítima é incivilmente,

Si nen longa satis, si non bene mentula crassa:

Nimirum sapiunt, videntque parvam  
Matronæ quoque mentulam illibenter <sup>3</sup>;

infiéndome una lesión enormísima. Cada una de las piezas que me forman es igualmente mía como cualesquiera otras, y ninguna mejor que ésta me hace más propiamente hombre.

Yo debo al público mi retrato general. La prudencia de mi lección lo es en verdad, en libertad y en esencia cabales; menosprecia colocar en el número de sus deberes esas insignificantes reglas simuladas, casuales y locales; natural toda ella, constante y universal, de quien son hijas, aunque bastardas, la civilidad y la ceremonia. Nos despojaremos fácilmente de los vicios, que no lo son sino en apariencia, cuando tengamos vicios reales y esenciales.

1. Como el índico marfil teñido de color de púrpura, ó como los lirios mezclados con las rosas, reflejando colores vívidos. VIRGILIO, *Eneid.*, XII, 67.

2. Y este silencio mismo que nos delata. OVIDIO, *Amor.*, I, 7, 21.

3. Si ella me proveyó miserablemente; y las damas no se engañan al menos preciar las apariencias raquiticas.— Véase *Veterum Poetarum Catalecta*, de donde están sacados estos tres versos.

Cuando de éstos nos libramos, corremos á los otros si reconocemos que correr es preciso, pues hay peligros que nosotros fantaseamos y deberes nuevos para excusar nuestra negligencia hacia los naturales y para confundir los unos con los otros. Que así sea en realidad se ve considerando que allí donde las culpas son crímenes, los crímenes no son más que culpas; que en las naciones donde las leyes del bien producirse son raras y liberales, las primitivas de la razón común se ven mejor observadas: la multitud innumerable de tantos deberes sofoca nuestro cuidado, languideciéndolo y disipándolo. La aplicación á las cosas ligeras nos aparta de las justas. ¡Cuán fácil y plausible es la ruta que eligen esos hombres superficiales (cuya virtud sólo lo es en apariencia), comparada con la nuestra! Las nuestras son veredas sombrías con que nos cubrimos y entrapamos, pero no pagamos en realidad sino que recargamos nuestra deuda ante ese gran juez que levanta nuestras vestiduras y pingajos de en derredor de nuestras partes vergonzosas, y no se oculta para vernos por todas partes, hasta en nuestras íntimas y más secretas basuras; útil deencia sería la de nuestro virginal pudor si fuera capaz de impedir este descubrimiento. En fin, quien desasnara al hombre de una tan escrupulosa superstición verbal, no procuraría gran pérdida al mundo. Nuestra vida se compone de locura y prudencia; quien de ella no escribe sino con reverencia y regularidad, se deja atrás más de la mitad. Yo no me excuso para conmigo; y si lo hiciera sería más bien de mis excusas de lo que me disculparía, mejor que de otra cualquiera falta; me excuso para con ciertos humores que juzgo más fuertes en número que los que militan á mi lado. En beneficio suyo diré todavía esto (pues deseo contentar á todos, cosa, sin embargo, difícilísima, *esse unum hominem accommodatum ad tantam morum ac sermonum et voluntatum varietatem* <sup>1</sup>): que no deben bérseles conmigo propiamente por lo que hago decir á las autoridades recibidas y aprobadas de muchos siglos, y que no es razonable el que por falta de ritmo me nieguen la dispensa que hasta los eclesiásticos entre nosotros, y de los más encopetados, gozan en nuestros días: he aquí dos:

Rimula, dispeream, ni monogramma tua est <sup>2</sup>.

Un vit d'amy la contente et bien traicte.

¿Y qué decir de tantos otros? Yo gusto de la modestia, y no por discernimiento elegí esta suerte de hablar escandaloso: naturaleza es la que lo escogió por mí. No lo alabo

1. Que un solo hombre se avenga con esa variedad tan grande de costumbres, razones y voluntades. CICERÓN, *de Petit consul.*, c. 14.

2. Este verso de Teodoro de Béze figura en un epigrama de sus *Juvenilia*. El verso francés, cuya traducción es también arriesgadísima, pertenece á una cuarteta de Saint-Gelais.